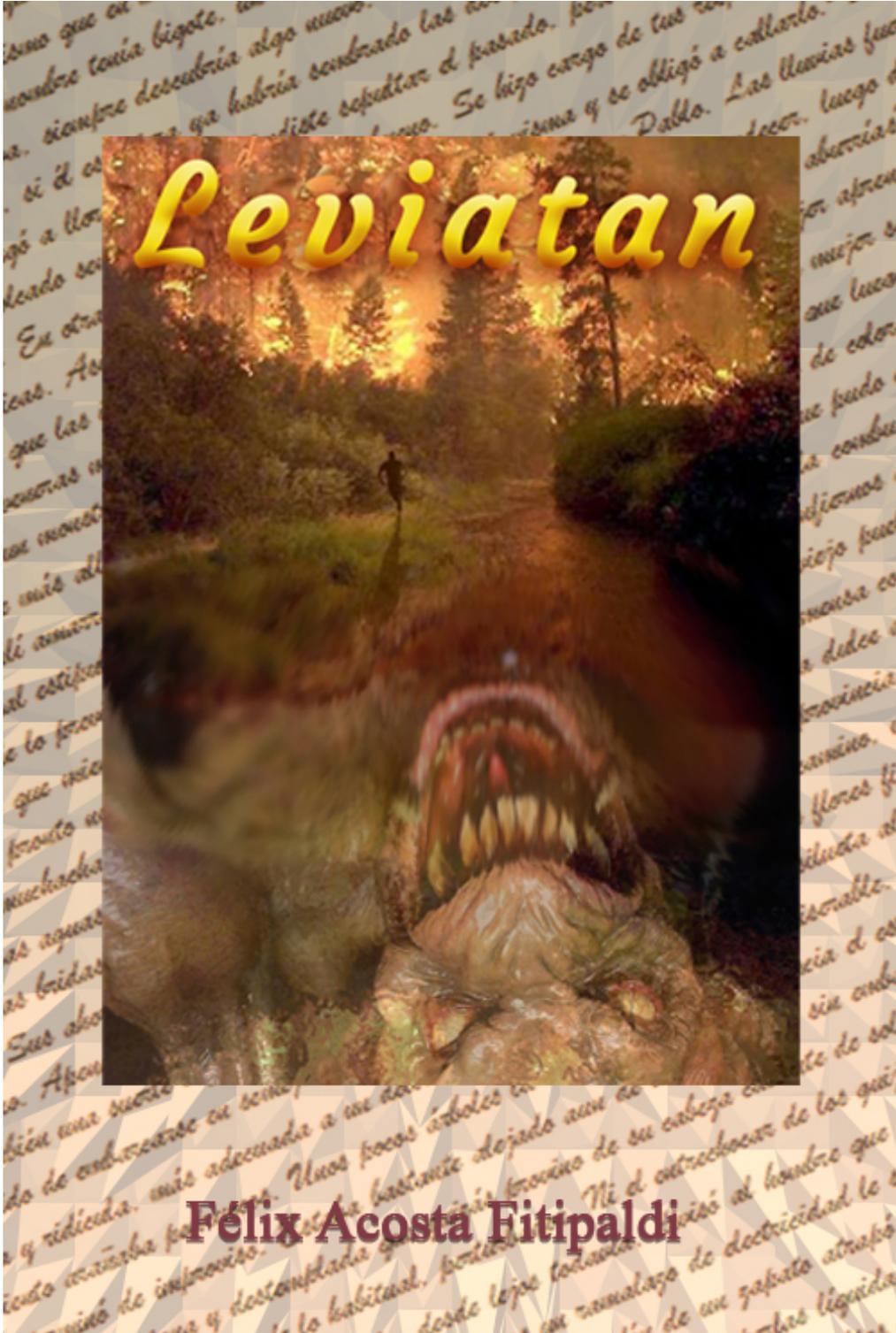


# Leviatan

Félix Acosta Fitipaldi



## Capítulo 1

Con el rifle listo sobre mi hombro y absorto en el venado tomé conciencia de la situación cuando mi presa, cual rayo inesperado, echó a correr tan presto que bastó un instante para que desapareciera de mi vista.

Un rumor extraño, un rugido que cual tren expreso de pronto invadiera el bosque comenzó a crecer en mis oídos. Entonces ingresé en la realidad envuelto en un extraño nerviosismo y a mi mente asomó la imagen de un derrumbe.

Ante el creciente crujir de la hojarasca temí que apareciera un oso enorme, un animal terrible, famélico, que las sombras del bosque ocultaran de un sol quebrado por la fronda y ahora, enardecido su terror o su apetito, su olfato enviaba en mi dirección. Mis piernas no atinaron discernir hacia donde debían correr.

Casi hasta sonreí cuando a mi lado desfiló una patética liebre en frenética carrera, y me avergoncé de mi blandura por permitir que tan poca cosa me inquietara. Enseguida, cual desorientada flecha y ajeno a mi presencia, cruzó ante mí un zorro, relámpago que se perdió entre los recovecos del follaje.

Palpitando bajo mi camisa volvió a poseerme el temor a no tener escapatoria. Respiré hondo y como si de algo pudiera servirme aferré el arma con firmeza, levanté la frente y agucé la vista buscando indicios de una inmediata salida. La bocanada de aire estaba tibia y causó escozor en mi garganta.

La brisa que me acercó el aliento del monstruo, casi sin que notara su lengua ardiente, me sobrevoló. Ante mis ojos se desplegó la infernal visión de sus dedos amorfos, danzantes, empeñados en estirarse para rasguñar mi rostro y lacerar mi carne. Cada vez lo sentía más próximo y temí no poder escapar.

La sombra del monstruo oscureció la tarde y la arboleda, como si estuviese siendo freída, se inquietaba cada vaez más. Por evitar que aquellos grotescos brazos me rodearan corrí, salté, rodé pendiente abajo rebotando cual guijarro entre quejidos, pues si bien en nada ayudarían mis gritos al menos descomprimían mi angustia.

Exhausto, recién me detuve cuando me sentí a salvo. Aterrado y magullado pero ileso contemplé su marcha destructiva desde el borde del lago. Jamás olvidaré aquellos tentáculos llameantes tomando prisionera la colina en medio de una danza frenética.

Desperté al amanecer, una llovizna triste picoteaba la arena. Donde antes prosperaba un mundo verde, un perfecto ecosistema, la fatalidad había dejado olvidada su capa: apenas quedaban del bosque brunas y humeantes espinas.